

de que cada día más se confunden en una misma familia los blancos y los indígenas, y que está cercano el tiempo en que la América se pierda como un aerolito en las profundas sombras de la barbarie.

//16// Pero ningún país como el Uruguay presenta un ejemplo más palpitante de retrogradación, de contramarcha, de maniobra hacia el sepulcro de Abayubá⁵. Tengo por seguro que si cerrasen en este país las puertas a la inmigración, dentro de unos siglos seríamos completamente salvajes, tanto como los que se comieron a Solís, según el historiador de aquella época don Pedro de Anglería. La naturaleza de este país es tan vengativa como los charrúas. Todos los días descarga sobre la civilización un formidable mazazo.

Yo me explico que los hijos de este pueblo sean unos catalépticos de la civilización y que en el desconcierto de las naciones de América el Uruguay ocupe el sitio más honroso como el pueblo apegado a las rutinas, como verdadero molusco adherido a la peña de sus tradiciones. Los charrúas eran los indios más salvajes y más astutos de toda la América. José Figueira, autor de un notable estudio paleontológico sobre esta tribu, dice lo siguiente: «La estructura y funciones sociales de la nación charrúa eran muy rudimentarias, figurando al lado de los tipos más atrasados de las razas humanas. En su sistema civil no tenían leyes que obligaran, ni recompensas, ni castigos. Cada cual hacía lo que era de su agrado. No tenían en su trato palabras ni acciones que significaran en lo más mínimo consideración de respeto y urbanidad. No tenían ni sentimientos ni ideas. Eran sucios y por lo regular no se lavaban»⁶. //17// Se comprende que un árbol dé siempre iguales frutos. La naturaleza no ha podido variar —en cuatro siglos— y si ha dado charrúas* hasta hace poco, seguirá produciéndolos en cantidad aunque tenga que luchar contra todas las fuerzas de los hombres.

Finalmente, para que se palpe la verosimilitud de mis afirmaciones, obsequio al lector con este paralelo uruguayo-charrúa, que servirá tanto para halagar mi vanidad como para dislocar la suya, si es que todavía se sigue creyendo ciudadano del pueblo más inteligente de la tierra, o como diría el Dr. Soca, de la Atenas de la América del Sur⁷.

La palabra charrúa, según Angelis, es de origen guaraní y significa «somos turbulentos y revoltosos», de *cha* nosotros y *rua*, enojadizo (Angelis, vol. I, pág. XVIII). Los charrúas eran belicosos y turbulentos. Los uruguayos también lo son, aunque en grado muy superior. La historia de nuestra nacio- //18// nalidad es una incesante batallería. Las conmociones intestinas casi no han dado tregua desde que somos independientes. Del levantamiento de Oribe hasta el de Lamas se pueden contar como treinta luchas civiles⁸. ¡Gran Dios! (¡30 luchas en 60 años!). Día llegará en que celebremos la famosa guerra de los cien años. Todo está en que los blancos se decidan una vez por todas a conquistar el poder.

⁵ Guerrero charrúa del Tabaré de Juan Zorrilla de San Martín, canto II, 4.

⁶ La cita se compone de fragmentos extraídos de Figueira 19, 20, 26 y 28.

* No se han hallado hasta el momento testimonios arqueológicos que induzcan a creer en la existencia de una raza anterior a los charrúas ni en un estado culto de esta nación en tiempos remotos.

⁷ Francisco Soca (1858-1922). Médico, catedrático y político de errática trayectoria.

⁸ Brigadier General Manuel Oribe, segundo presidente constitucional (1835-1838), reputado fundador del partido blanco. Herrera se atiene a la versión colorada de la insurrección del general Fructuoso Rivera, primer presidente constitucional y fundador del partido colorado, quien en 1836 se levantó en armas alegando que «el presidente se ha sublevado». El coronel Digo Lamas, militar de carrera, blanco, desempeñó una destacada actuación en las filas revolucionarias de Aparicio Saravia durante la patria de 1897.

Según Figueira, desde el punto de vista intelectual poseían una organización inflexible, incapaz de adaptarse a una civilización superior. Durante los tres siglos que estuvieron en contacto con los europeos, modificaron muy poco su género de vida. Está por discutirse si los nuevos charrúas, esto es los uruguayos, poseen una organización superior a la de los charrúas (los viejos), son menos incapaces de adaptarse a un orden superior de vida. Por mi parte creo que unos siguen las huellas de los otros, es decir, que los más modernos, no por ser modernos dejan de ser infranqueables a la civilización.

//18a// La confrontación de mis aciertos es de una extraña sencillez. Puede el lector examinarse a sí mismo y si por acaso no tiene en su fisonomía o en su carácter algo de café, mucho de charrúa y demasiado de gallego, dignese acariciar con su mirada a los graves transeúntes, a los aristócratas del capital, a los lustrosos bobicultos de nuestro foro, a los recién lavados hombres de la universidad, a los *calamochanes* Hipócrates, a los capotudos jueces, a los anfibios carillenos de la burguesía, a los volatines de la política, a las terracotas abríllantadas de nuestro ejército, a la canalla del buhedral plebeyo, a las cellencas cochambrosas del libertinaje público, hecho lo cual se convencerá de que gran parte de los uruguayos son o parecen mestizos, que quien no ha llegado a ser motilongo tiene demasiadas sortijas y oscuridades en el cabello, que todos aquellos que no tienen nariz achatada o pómulos salidos o la mirada oblicua, o el anca prominente, los labios arriñonados, el pie deforme, o el vientre clerical, tienen por lo menos el color morocho, llamado por antonomasia del país, que habla, con perdón de la antítesis, a las claras del abolengo bruno o cetrino de la charolada caballería del país, de los adanes zulús, de nuestras interesantes Venus trigueñas. Nuestro ejército, no más blanco que el de Menelick, pero sí más negro que el de Zapicán⁹, constituye un elogio palpitante, vivo, armado, regimentado disciplinado y valiente de mi crítica. Muchos de sus jefes más brillantes por el talento o por las borlas de oro de sus uniformes, descenden de Jafet o de Cam, y no //18b// me equivoco, de ambos a la vez...

Pero donde la multería toma proporciones alarmantes es en la política y el foro. Ministros acá, diputados allá, jueces acullá... El señor Cuestas es partidario acérrimo de los pardos que se emperifollan con un título y saben explotar en beneficio de sus ambiciones, un vientre más o menos fatuo¹⁰. En verdad no sé explicarme cómo nos hemos dejado humillar por tanto Domingo la cual República, [que] por los cuatro costados y las cuatro razas ha lucido un Presidente tan negro como uno de nuestros generales, ni más ni menos, haciéndose acreedora a la popularidad del ridículo y, lo que es mejor, al premio más alto que se pudiera conceder a un patriotis-

⁹ Cacique charrúa en el Tabaré de Zorrilla de San Martín, canto II, 5.

¹⁰ Juan Lindolfo Cuestas, presidente constitucional (1899-1903), cuya política conciliatoria hacia los blancos provocó disensiones en el partido colorado gobernante, tanto desde la derecha (el Club Vida Nueva liderado por Carlos Reyles, por ejemplo), como desde la izquierda (la emergencia del reformismo populista de José Batlle y Ordóñez).

mo astronómico que ha podido ver realizada en los mundos del poder la sucesión del día y la noche...

//19// Parecen hallarse poco dispuestos a modificarse ni en *tres siglos*, ni siquiera en [...] de contacto con los europeos. Estoy por creer que ni con este libro que les dedico podré a este respecto corregir gran cosa. Su dureza inflexible, su indígena sansfaçonería, son superiores a mis fuerzas... Hablando de los viejos charrúas dice Figueira: los misioneros difícilmente lograban convertirlos... Está visto. No puedo dudar del éxito de mi tratado. Dice el mismo autor, hablando de los viejos charrúas: eran vengativos y falsos. Digo yo hablando de los nuevos: vengativos tal vez, ejemplo el Dr. Cuestas, Jefe de la tribu; falsos no...

Los primitivos uruguayos, o sea los viejos charrúas, eran holgazanes; los hombres se dedicaban a la caza: trabajaban para vivir. Igualmente, los nuevos uruguayos serían vencedores en un concurso de holgazanería. En este país todo está por hacer; excepto lo que no se debía haber hecho nunca. El nuevo charrúa se dedica a la caza de los puestos públicos... Con el fruto de esa caza come y vive. ¡Véase la semejanza!

//19+// Por lo demás no creo que exista en la tierra pueblo más activo que el uruguayo, ni el holandés siquiera. En cuanto se ocupa de no hacer nada es un fenómeno de la locomoción, de progreso. Su mayor industria es la política. Su comercio es el que operan los órganos digestivos y secretivos. No labran la tierra, pero en cambio miran el cielo que ha prestado a su bandera el candor evangélico de su pupila celeste. A los uruguayos se les hincha el vientre de perezosos. Sus rostros tienen una misma medida que viene perfectamente a los chalecos y pantalones de todos los hombres**. La protuberancia del cerebro la tienen en el miriñaque los uruguayos. Ni más ni menos que los viejos charrúas, que a decir de Figueira, eran macizos de forma y de tronco robusto... El vientre gongorino y franciscano de los uruguayos es apático, sencillo, soñoliento y beatífico. Es un pleonasma de la fisiología. Yo lo miro con curiosidad. Se me hace una facción robusta que expresa imbécilmente la negligencia estúpida de un ministerio. He dicho que los uruguayos son máquinas soporíferas de pereza como los viejos charrúas. ¿Quién lo duda? Uno de los caracteres más acentuados de nuestra etnología silvestre lo dan los empleados públicos, los parásitos sangradores de la sociedad, los muñecos rutinarios de nuestra fantochería, los magníficos gorreros que se duermen sobre los taburetes de los escritorios; y los ejemplares amodorrados, marmotas universitarios que forman nuestra burocracia de provincia. Está visto: los uruguayos se sirven más que de las manos del cigarrillo para trabajar; y estudian milagrosamente con el libro cerrado.

** Entiéndase que los uruguayos no tienen sexo ni vientre sino después de casados.

Dice Figueira hablando del carácter rebelde y descontentadizo de los viejos charrúas: no se sometían a nadie. ¡Qué decir de los neo-charrúas! Donde se ha visto una tribu de 800.000 individuos más revoltosos, más turbulenta. Los uruguayos no se someten a nadie; (entiéndase que nadie, de ningún modo significa Presupuesto). El Presupuesto es muy hábil; nos lo muestra con hojas disciplinadas y numerosas si no con partidas.

Algo más descontentadizo que los viejos charrúas son los nuevos. Para estos no ha existido hasta el presente gobierno que pase de abominable. Desde Rivera hasta Cuestas todos los magistrados han sido ambiciosos, ladrones, ímprobos, perdularios. Dese por feliz el señor Cuestas con que yo no llame nada de esto, por miedo a que se me descubra el segundo pellejo color bronce que debo tener, sin duda... No quiero pasar por descontento; y si alguna vez fui charrúa, quejándome de sus mercedes de gobernante, ahora no quiero serlo. Por tanto declaro que estoy contentísimo del señor Cuestas... Soy de otra raza. ¡Me he rehabilitado ante la civilización!¹¹

Dice el señor Figueira de los viejos charrúas que eran poco perseverantes; sólo en el espionaje y en la caza demostraban tener mucha paciencia. ¡Qué decir de los uruguayos! ¡Habrased visto unos hombres más volubles, más inconstantes. Hoy adoran el ídolo que escupirán mañana. Los hombres hacen durante la semana, no sé si una muda de ropa, pero sí puedo asegurar que varias mudas de ideas... Los hombres se abrazan al día siguiente de haberse escupido y viceversa. Existen malabaristas sobresalientes, prestidigitadores y juglares que no tienen rivales... Nuestros hombres son tan poco perseverantes y sinceros como nuestro clima, como nuestros vientos. En una de las cosas que no perseveran los uruguayos es en la [...]; cada día son más hipócritas.

Conozco algunos transformistas de nuestro teatro político que en un abrir y cerrar de ojos han aparecido con distinto traje. Como los viejos charrúas, los uruguayos sólo en la caza son perseverantes (entiéndase que en la de perdices oficiales) y en el espionaje... ¡Oh, sí, en el espionaje! Todos los charrúas son espías, unos de otros. Los hombres cuidan a las mujeres ajenas (véase *Literatura Colonial* de Roberto de las Carreras). Este es el país de la intriga y la malevolencia. La delación privada y pública asume grandes proporciones en esta comarca. Si los viejos charrúas eran perseverantes en el espionaje, los nuevos no les van en zaga. El espionaje nacional, pagado por el gobierno, cuesta a la nación muchos millones de pesos. La piedra y el chisme constituyen la mayor riqueza del país...

//22// Dice Figueira hablando de los viejos charrúas: «Todos se consideraban iguales, sin existir otras diferencias que las establecidas por la sagacidad y el valor»¹². Exactamente lo mismo que ocurre entre los nuevos charrúas. En nuestro país casi no hay clases sociales. Los guarda-trenes se

¹¹ Escribía poco después en el «Epílogo», completando el proceso: «De un mordisco helado y hondamente acerbo me han roto el umbilical del nacionalismo, del pandillaje, del énfasis de partido, el ceremonial caribe, de la ingenuidad celícola, el cazurro catonismo; hicieron trizas los viejos goznes convencionales. De un salivazo han destenido mi caduca divisa roja, no dejando en ella sino un débil rosicler que se halla en buenas relaciones con el siglo XX y el dandysmo neuras-ténico» [295].

¹² Figueira 20.